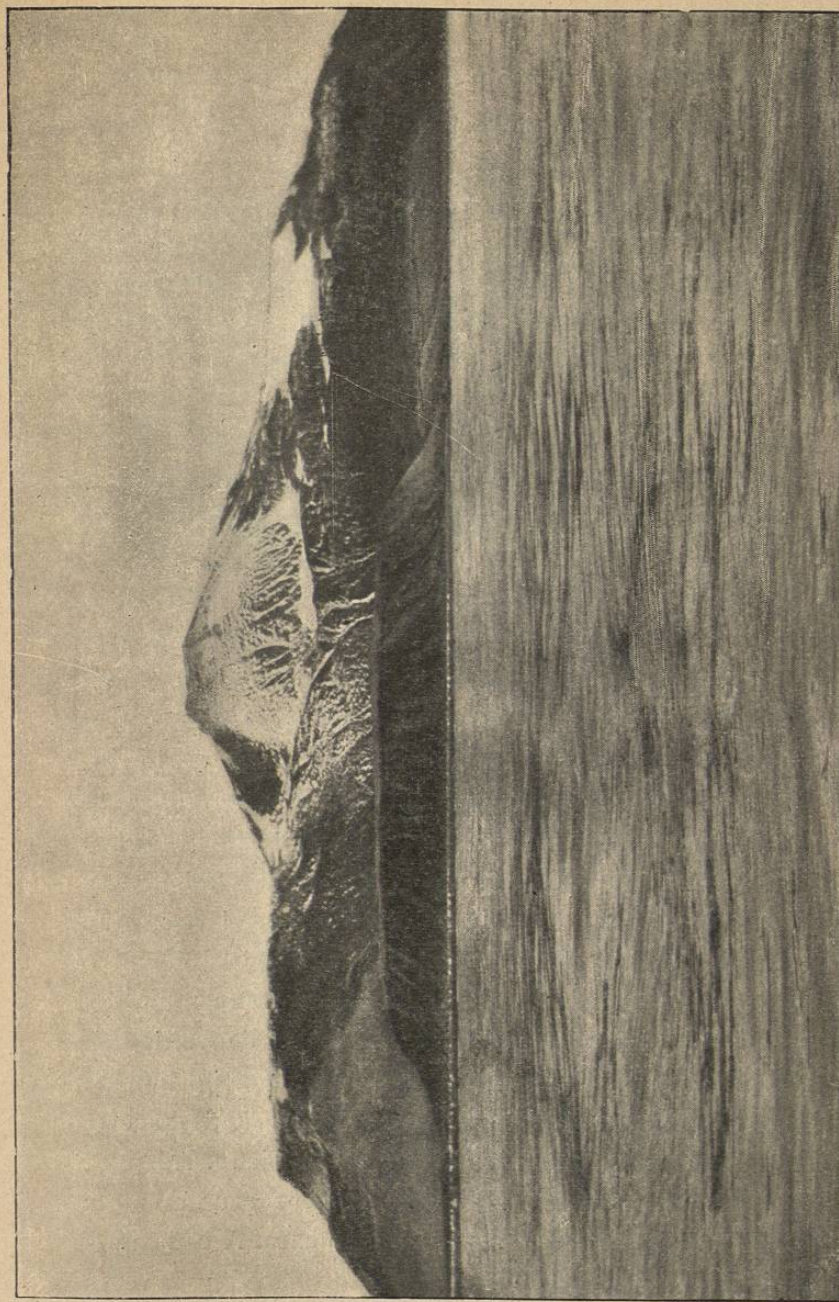


bulto de piezas de ropa. El saco de lona parece que quiere hundirse y las mantas están todas enredadas. Pero al fin queda todo arreglado, nos acostamos y tapamos con las mantas y la lona hasta la cabeza, y ya no deseamos más que quedarnos dormidos. Ante todo se debe encontrar una postura que no sea demasiado incómoda, pero esto es más fácil de decir que de hacer, pues lo que hay debajo son piedras salientes y puntiagudas cubiertas únicamente por delgados harapos y girones de tela. Al acostarme pensaba muchas veces en las palabras de Hamlet: «Poder dormir solamente, y saber que en el sueño se calman las penas del corazón y todo género de martirios... Poder dormir, y quizás también soñar...»

Se han sucedido los sueños por centenares en nuestra isla. Yo no sé, en verdad, si contribuían á suavizar nuestra existencia. Todos se referían á dos cosas: alimentos y salvación. ¡Oh! podía uno soñar con toda una comida, desde la sopa hasta los postres, y... despertar después horriblemente desilusionado. Muchas veces vimos también el buque que venía en nuestro auxilio, que llegaba, en fin, á nuestras solitarias costas. Y reconocíamos á las personas que venían á bordo, hablaban de nuestro viaje y nos abrazaban dándonos cariñosos golpecitos en la espalda. Algunos pretendían que era buen augurio lo que soñaban, y hablaban del día más ó menos lejano que con toda seguridad llegaría un barco en busca nuestra. ¡Cuán claro y palpable lo veía yo todo durante el sueño! El barco se mecía suavemente sobre las olas, y allá, en el tope del palo, estaba el barril con alguien conocido que nos miraba. De mil maneras distintas nos asaltaba una y otra vez este mismo sueño.



Isla de Páulet.

Una lámpara de aceite alumbraba débilmente la habitación. Sólo se oye la respiración de los que duermen...

*

De este modo pasaba un día y otro día, con la diferencia de que, frecuentemente, hacía un tiempo tan detestable que nos impedía salir. Los días que nos veíamos obligados á pasar encerrados dentro de la choza no tenían nada de divertidos. El tiempo parecía más largo allí, tendidos ó sentados en el saco, que fuera, y á veces, cuando hacía cuatro ó cinco días que no habíamos podido salir, aunque cayese fuerte nevada, nos echábamos fuera, instigados por la repugnancia que nos causaba estar siempre encerrados. En cierta ocasión nos despertó un ruido que se producía en el techo, como si empezara á moverse. Al parecer no debía ser nada bueno, pero antes de salir no era posible hacerse cargo de lo que fuera. No sin gran esfuerzo podíamos sostenernos contra el viento, que además nos azotaba la cara con pedacitos de hielo. La puerta se llenó de nieve en dos minutos, y por la chimenea entraban también copos de nieve en gran cantidad. Se necesitaba toda la paciencia del cocinero para guisar á la mañana siguiente, y sobre todo durante la tempestad. La fragua se había convertido en un montón de nieve, las cafeteras estaban igualmente llenas de nieve y la grasa encharquinada. Al deshacerse la nieve todo quedaba completamente mojado. Además, cuando menos lo esperábamos, comenzaban á entrar fuertes ráfagas de viento por la chimenea. A cada momento parecía que el fuego iba á apagarse, y á veces hasta se apagaba del todo, á pesar de la excelente chime-

nea construída por Johansson. El frío era muy intenso en la cocina, pero el cocinero hacía los preparativos sin exhalar una queja. Era digno de admiración; siempre guardaré de él un grato recuerdo y lo consideraré como un hombre honrado y valeroso.

Hoy nos toca permanecer presos. QUITAN la nieve de las ventanas y saco un libro de nuestra biblioteca científica. Andersson y yo habíamos salvado un par de libros cada uno, los suyos de zoología, los míos de botánica. Cuando nos veíamos obligados á permanecer allí dentro, acostumbrábamos, por lo general, á leer un poco en ellos para tener algo que hacer y refrescar de paso nuestra memoria, lo cual nos hacía buena falta.

Algunos de nuestros compañeros de infortunio tienen celos de nuestra lectura, pues los más no saben absolutamente en qué ocuparse, y tratan de pasar el rato contando historias de navegantes, unas más inverosímiles que las otras. ¡Ah! Haslum sí que tiene qué hacer; está, como siempre, remendando de mil maneras sus zapatos. El capitán Larsen tiene una larga lista de historias de los tiempos que fué piloto, y siempre empieza con estas palabras: «Te acuerdas, tú, Antonio, aquella vez que estábamos en...» Antonio Olsen ha navegado como botero durante muchos años con Larsen.

Resulta divertido oír á nuestros marineros hacer razonamientos sobre la posibilidad de auxilio.

—No se acuerdan de nosotros—dice uno.

—¿Crees tú que el Gobierno sueco va á dejar que veintinueve hombres se mueran de hambre aquí en estos desiertos?—arguye otro.

Yo sostengo con ardor la opinión de que vendrán, y que será precisamente durante el verano de este mismo

año, y lo demuestro con razones á mi parecer irrefutables. Cada vez que se hace preciso, recuerdo la carta que Gunnar Andersson dirigió á su casa desde la Tierra del Fuego, y esto siempre los tranquiliza. Pero no será extraño que alguna vez, en la obscuridad de la noche ó al sentir hambre ó frío, la idea de quedar allí abandonados tome fuerza y experimentemos cierto abatimiento.

*

No todos los días hacíamos comidas frugales. El sábado era el día más señalado de la semana, y el que entonces no quedaba satisfecho no tenía á quien echarle la culpa. La comida se componía de una interminable serie de trozos de carne de foca y un plato llamado de sopa de jugo. Sopa no podía negarse que lo era, pero ¿y el jugo?

Como se cocinaba en los infiernillos dentro de la habitación, había que hacer antes una operación importante. Toda la escarcha del techo tenía que rascarse, porque, de lo contrario, se ablandaba y, convertida en agua, iba cayendo lentamente sobre los sacos de dormir. Cada cual tomaba su cuchara y su plato y empezaba á rascar sobre su sitio. No conseguíamos nunca quitarlo todo, y poco antes de mediodía daba principio el goteo sobre los sacos. Era un espectáculo curioso ver todos los potes de la brea colocados aquí y allá debajo de las goteras.

Me estremezco al pensar en las raciones de comida: siete ú ocho lonjas de carne, negras y aplastadas, nadando en el aceite, rodeadas de pedacitos de grasa frita. Sin embargo, se relamía uno de gusto y experimentaba después indecible satisfacción y bienestar. La sopa, por el

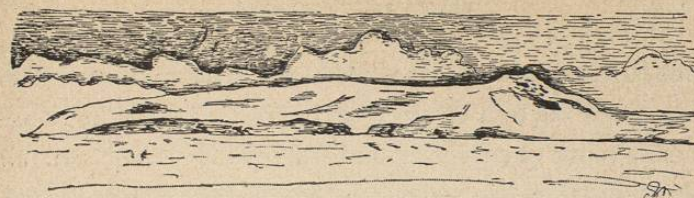
contrario, tenía muy poco sabor y se necesitaba una fe ciega para tomar por sopa de jugo de frutas lo que podía decirse que no era más que agua. Pero, felizmente, todos éramos buenos creyentes y hacíamos de ella grandes elogios. La sopa de guisantes de los domingos también pertenecía á los extraordinarios, aunque era en extremo ligera.

Durante largo tiempo atormentamos nuestra imaginación con la idea de inventar algún plato nuevo para los miércoles, pues necesitábamos descansar un poco de la dichosa sopa de pájaro bobo. Por fin, llegó el día que comimos un plato completamente nuevo, ó sea «pasta exquisita», compuesta de hígado, carne y grasa de foca, zanahorias secas y migajas de pan. Una vez probado y apreciado su indiscutible valor culinario, nos pusimos tan contentos, como lo estaría Marconi al inventar su telégrafo sin hilos. Tenemos que aprovechar todos los recursos, pues de otro modo la vida se haría imposible. Tomábamos después una taza de café como extraordinario, y el que en aquellas ocasiones tenía un trozo de pan *reservado*, podía darse completamente por satisfecho.

*

De vez en cuando llegaba, naturalmente, algún acontecimiento. ¡Hoy es el primero de mayo! ¡Para todo estudiante de Upsala, qué significado representan esas palabras! Allá, en nuestro país, estarán ahora todos nuestros camaradas celebrando este día, con los vasos llenos de espumoso champagne, hablando de sus alegrías actuales y de los recuerdos de su juventud. Y nosotros

aquí, en nuestros sacos sucios y grasientos, ante una triste copa de «mezcla». Pero también hay algo que hace recordar el primero de mayo. Desempolvamos también nuestros recuerdos, y nosotros, los que fuimos estudiantes, referimos á los allí reunidos, que nos oyen con la mayor atención, todas nuestras diversiones é inocentes calaveradas del primero de mayo. Por la noche me planto yo de pie en mi saco y canto... canto á la primavera y á la alegría, canto á mi patria, que está tan lejos, allá en el norte. ¡Oh! ¡cómo sonríe allí el sol de mayo! Pero aquí abajo, en la negra obscuridad del invierno, el viento impetuoso y helado de las regiones del Polo, eternamente heladas, ruge sobre la tierra por completo cubierta de nieve. Nuestro corazón, sin embargo, está lleno de deseos y de amor.



Grupo de nubes detrás de la isla Dundée.

CAPITULO XXVII

Fallecimiento de Wenersgaard En medio del invierno

EL viento que durante el invierno reina en el Polo Antártico no es nada agradable. A pesar de todo, el frío en estas latitudes no es tan intenso como en el hemisferio Norte, pero el viento representa aquí un papel mucho más importante. El frío viene con el viento del sur, y las borrascas resuenan como estampidos de cañón al chocar contra las paredes de la choza. Las lámparas se inflaman y el techo parece á cada momento que va á desencajarse de su sitio. El frío dura semana tras semana, si bien es verdad que á veces reina alguna tregua. Estas variaciones son, empero, muy desagradables por lo extraordinariamente rápidas, pues en un par de horas puede bajar la temperatura del hielo á los 20° bajo cero. No obstante, deseábamos siempre un ratito de buen tiempo, aunque luego nos heláramos de frío. En los largos períodos invernales mirábamos el cielo infinidad de veces al día para observar si aparecían nubes detrás de la isla Dundée. La señal era segura. Si estaba nebuloso y oscuro al otro lado de los hielos de dicha isla, instantáneamente